

Ciudad, poder y biografía: espacio, representaciones y prácticas espaciales periurbanas

José Cervantes Sánchez
Universidad Iberoamericana Puebla, México
josé.cervantes.sanchez@iberopuebla.mx

Introducción

¿Es posible un punto de encuentro y diálogo entre la dialéctica de Lefebvre sobre la construcción social del espacio, y los métodos biográficos? Tal es la pregunta que subyace a la exploración que me propongo hacer, a partir de mi experiencia al compartir una parte de la vida cotidiana con los habitantes de Valle del Paraíso, colonia periurbana al sur de la ciudad de Puebla, México, en el contexto de la acción universitaria y el trabajo comunitario. Me interesa reflexionar sobre las posibilidades que se abren al considerar las dimensiones sociales del espacio manifestadas en la vida cotidiana, y a partir de allí documentar relatos de vida de sujetos, como apuesta política y articulación metodológica. Motivado por los cuestionamientos de Marroni (2016) sobre *quién es el otro* en la relación entre el investigador y los sujetos investigados, y sobre su papel en la producción de conocimiento, diré que la investigación se deriva de varias maneras de mi condición de académico a cargo de la coordinación del centro comunitario. Paso buena parte de mi tiempo en la comunidad, y estando allí una de mis principales responsabilidades tiene que ver con el conocimiento del contexto para, junto con el equipo que me acompaña, decidir las acciones que se plantean a la comunidad, dentro de las posibilidades que nos da la Universidad y sus planteamientos filosófico-educativos¹. Al mismo tiempo, mi pertenencia al núcleo académico básico del posgrado en hábitat y equidad socioterritorial de la misma Universidad, me ha obligado a utilizar los anteojos teóricos de los urbanistas, especialmente en lo que se refiere a la teoría lefebvriana de la construcción social del espacio, como una estrategia fundamental para entender la sociedad a partir de los espacios en

¹ Se trata de la Universidad Iberoamericana Puebla, del Sistema Universitario Jesuita.

los que los sujetos vivimos y nos encontramos. Este texto es, de alguna manera, un intento de conciliar estos mundos, aparentemente lejanos, de la sociología urbana y las historias de vida, desde mi aquí y ahora, como investigador y como trabajador social, pero sobre todo, como sujeto de un proceso complejo y apasionante.

La vida cotidiana y los relatos de vida

Henri Lefebvre con su aportación del espacio como construcción social contribuyó al “giro espacial”, y dirigió la mirada de los sociólogos y urbanistas para entender el espacio, el lugar que habitamos, no como algo dado y definido a priori, sino como una construcción en la que intervienen diversos sujetos, con intereses y visiones diferentes, incluso en pugna. En efecto, la propuesta de Lefebvre permite superar una visión del espacio como algo vacío y estático, y obliga a tomar en cuenta la historia y las relaciones sociales y políticas de los sujetos que habitan el espacio (Capasso, 2017). A la construcción del espacio social contribuyen, tanto los que “realmente la habitan”, como aquellos que, sin propiamente habitarlo, en el sentido de vivir allí, tienen intereses, y cuyas decisiones repercuten en la concreción específica de ese espacio social. Siguiendo una de las intuiciones fundamentales de Lefebvre, me interesa dirigir la mirada a *la vida cotidiana*, que se convierte en una suerte de “piedra de toque”, donde es posible dar cuenta del carácter social del espacio, a partir de observar a los sujetos y convivir con ellos en su día a día. De esta forma, la vida cotidiana es una clave para desentrañar los alcances y significados del espacio que es ya, decididamente, social, histórico y político, al considerar que en la repetición está implícita la capacidad de transformación de lo cotidiano (Lindón Villoría, 2004).

En la dialéctica lefebvriana, la interrelación entre *prácticas espaciales*, *espacios de representación* y *representación del espacio* da cuenta de la producción social del espacio, lugar complejo, histórico, social y político. En esta situación, la mirada del investigador cambia, y se tiene que volver más atento a las sutilezas de la vida cotidiana, tiene que atreverse a indagar y conocer la historia narrada por los

sujetos, y las relaciones políticas que subyacen a la referencia con el centro político, la ciudad.

Los relatos de vida aquí referidos los he ido escuchando y documentando a partir de la convivencia diaria con los habitantes que acuden al centro comunitario en el que colaboro, y con quienes he podido conversar de manera amistosa y constante. Al construir los relatos me apoyo en las consideraciones de Bertaux (1989), sobre los métodos biográficos como estrategia metodológica útil para conocer la sociedad, en cuanto que las trayectorias de los sujetos se encuadran en una estructura que les da contenido y sentido, limitándolas y posibilitándolas a la vez.

Ante los cuestionamientos sobre la validez de los métodos biográficos, Bertaux propone observar a los sujetos *en situación*, asumiendo que esos sujetos no actúan en abstracto, de manera completamente autónoma y autorreferente, sino como parte de una sociedad que se ha constituido a lo largo de una larga historia y se ha ido decantando en una compleja red de relaciones posibles en la vida cotidiana. De esta forma, cada sujeto individual es portador de esas relaciones sociales, de manera más o menos explícita, y así es reflejo de la complejidad social en la que se mueve. De allí se desprende que es posible estudiar a esos sujetos en una situación específica, para descubrir patrones y reglas escritas y no escritas, buscando de ese modo entender la construcción social, en este caso, el espacio, y las maneras que han posibilitado su construcción específica.

Me apoyo también en las reflexiones de Cornejo, Mendoza y Rojas sobre los relatos de vida y su carácter instrumental, cuando señalan que se trata de una técnica que puede utilizarse con fines diversos, a partir de adoptar un enfoque, “una mirada orientada”. Destaco especialmente el carácter hermenéutico de los relatos porque “dan sentido a las acciones, a los eventos vividos, restituyendo un sentido global a un curso inevitablemente caótico de una existencia siempre enigmática” (2008, pág. 30). A partir de estas consideraciones teóricas y metodológicas, propongo que la vida cotidiana ofrece la posibilidad de observar y reconstruir el espacio donde los sujetos viven su historia precisamente porque, en

la relación con el investigador, también sujeto, la cuentan, la resignifican y allí se ubican y construyen sentido y le asignan significado a lo que hacen, a su diario devenir.

El espacio representado: construcción desde el poder

Dos hitos espaciales delimitan y construyen Valle del Paraíso. En primer lugar, un río, el Atoyac, que nace en la Sierra Nevada y riega el valle de Puebla y Tlaxcala, acompañando la ciudad, delimitándola, dándole sentido. En la zona estudiada, al sur de la mancha urbana, el río es el límite político entre el municipio de Puebla y los de San Andrés Cholula y Ocoyucan. Se trata de un cuerpo de agua que, según los ambientalistas, sufre una contaminación alarmante, superando por mucho los niveles permisibles en prácticamente todos los indicadores, incluyendo los metales pesados (www.dalelacara.org). Este hito es importante, también, porque del otro lado, frente a frente, se ubica Lomas de Angelópolis, exclusivo fraccionamiento cerrado, siempre visible y siempre presente desde la otra ribera del río.

El segundo hito, mucho más reciente, es el boulevard Carmelitas, avenida que actualmente se encuentra en la fase final de construcción, para conectar a la zona de estudio con el centro histórico y otras zonas de la ciudad. Vale recordar que el gobernador en turno, al iniciar los trabajos de esta vía, afirmó, según se recogió en el boletín oficial, que se trataba de *una gran obra*, que abre una gran avenida y ordena las tomas de agua y el alcantarillado, sin duda necesarias, *pero, sobre todo, se le da dignidad a estas colonias del sur, eso es lo más importante*. Unos meses después, al supervisar los avances de la obra, el presidente municipal, según un diario local, aseguró que *estas acciones de movilidad tendrán un impacto positivo en la salud e inclusión de las personas, así como en la productividad de la ciudad*. No sé si de manera involuntaria, según consigna el mismo diario, el presidente *indicó que se incrementará el valor del patrimonio de los poblados y se fortalecerá la seguridad*. La gente de a pie ya sabía que la razón de la obra era la señalada por el presidente, como se consignó en un par de cartulinas anónimas que un buen día aparecieron, dirigiéndose al ciudadano de a

pie: *Sal hoy para que mañana no sea demaciado (sic) tarde. Esto no está planeado para nosotros, es beneficio para Lomas de Angelópolis. No te duermas. Vecino, no permitas que nos cierre el paso con esta estúpida construcción mal diseñada.*

Ambos hitos confluyen en un punto geográfico, al final de territorio aquí estudiado, en la colonia Valle del Paraíso. Me interesa señalarlos pues marcan de manera definitiva el espacio, lo delimitan, le dan contenido y, en el caso del bulevar, lo definen desde el ejercicio del poder, pues son los gobernantes quienes elaboran un discurso para mandar un mensaje sobre la manera en que ese espacio ha de ser de hoy en adelante. Lo dicen con sus palabras, pero también con sus silencios, con lo que enuncian y con lo que callan. Se trata, en la trilogía de Lefebvre, del *espacio representado*, que está constituido por las definiciones que se hacen desde el poder y sus lógicas, y con ello marcan un derrotero de lo deseable, del deber ser. Su importancia radica en que es justamente a partir de estas concreciones del ejercicio del poder formal, se va delineando un ideal del espacio social, y ese ideal es reflejo del estado de las relaciones de producción entre los grupos sociales.

Para entender de mejor manera el *espacio representado* es necesario tomar en cuenta el devenir histórico en la conformación de la ciudad de Puebla, capital del estado del mismo nombre, en México. Al respecto, me baso en el estudio de Soto Badillo (2012), que demuestra cómo desde la época colonial la ciudad se ha construido a partir de las decisiones y los intereses de las élites que habitan en la también llamada “Ciudad de los Ángeles”. Siguiendo al autor, las élites pueden ser de carácter religioso, político, comercial, o de una mezcla entre los anteriores, pero tienen en común la toma de decisiones para concentrar el poder y definir el espacio de acuerdo a sus intereses. Así, en la fundación de la ciudad, a través de una leyenda se atribuye a los ángeles, seres celestiales, la traza original del centro histórico, con su catedral, sede del poder religioso, y su palacio de gobierno, sede del poder civil, y alrededor, las habitaciones de la gente para la que fue pensada, los que deben habitar allí, los españoles y los criollos que dejaron sus terruños para habitar el valle al pie de los volcanes.

Desde ese primer momento, configurándose el poder colonial, los habitantes originales, los indios, ocuparán un lugar en torno a la ciudad central, en los barrios al oriente del centro histórico, del otro lado del río San Francisco. Aún hoy en día, observando ese lugar, se transparenta la lógica del poder de las élites, que consideran que allí no se requiere una traza regular como la del centro, pues finalmente es el lugar de los indios, los que no pertenecen y a los que sin embargo hay que tener cerca para que hagan el trabajo pesado para los españoles y los criollos, la clase dominante, por ejemplo la construcción, el transporte y la movilización de carga, y las artesanías que han de satisfacer la demanda de las élites.

Me interesa hacer hincapié en esta disposición del espacio, presente ya en el origen de la ciudad de Puebla, pues la imagen se mantiene como metáfora para entender la situación actual y la relación entre la ciudad central, sede de los poderes fácticos, y la periferia que se ha venido habitando, paulatina pero incesantemente, en torno a la ciudad central y sus diversos momentos de modernización. La lógica que se va imponiendo desde la fundación de la ciudad sentará las bases para una ciudad como la actual: un centro en el que residen los pudientes, rodeado por quienes están a su servicio para hacer el trabajo pesado. En el primero, la disposición del espacio es armónico, ordenado de acuerdo lo que en el imaginario debía ser; en el segundo, el hacinamiento, la carencia de servicios, el desorden, de acuerdo a lo que se dicta desde el centro.

Con el tiempo la ciudad creció y las élites dejaron el centro histórico y salieron en busca de lugares más adecuados, más modernos, para vivir. Hoy en día, con una creciente demanda de servicios públicos de una mayor cantidad de habitantes, en general se privilegia la ciudad central, que se ha movido a los sectores donde se han trasladado las élites, sin importar las carencias que en otros lugares se puedan vivir. La situación de Lomas de Angelópolis, fraccionamiento exclusivo de clase media alta y alta, da cuenta con elocuencia de dicho proceso, como trataré de explicar más adelante.

Lomas de Angelópolis se encuentra ubicado en una ribera del río Atoyac, en los municipios de San Andrés Cholula y Ocoyucan. Se trata de un espacio de más de cuatrocientas hectáreas que se ha “desarrollado” para satisfacer las expectativas de sus habitantes, pudientes. El origen del espacio data de finales de la década de los 1980, cuando una familia de empresarios de rancio abolengo, de origen español, tuvo la “visión de futuro” para entender hacia dónde crecería la mancha urbana, y con la ayuda de las autoridades municipales, en concordancia con lo señalado por el Observatorio Metropolitano de Madrid, (2015, pág. 22), cuando denuncia que el Estado ha “pasado de garante de la cobertura social para la población de bajos ingresos, a facilitador de servicios e infraestructuras destinados a hacer negocio con los urbanitas de clase media y alta”, y no sin atropellos, el “desarrollo” se fue levantando a pasos acelerados.

Lomas de Angelópolis está constituido por numerosos “clusters” de acceso restringido, a los cuales se llega por grandes y espaciosas avenidas, con árboles y jardines que están verdes todo el tiempo, gracias a la enorme disponibilidad de agua. Al interior de sus muros, los habitantes tienen todos los servicios: tiendas y supermercados, escuelas, restaurantes, espacios de recreación de gran amplitud, cines y cafés. Esta disposición responde a ese espacio representado desde el poder y se expresa en su sitio web, e incluso en sus promocionales, que invitan a *vivir la vida como debe ser*.

No es casualidad que los predios originales eran propiedad comunitaria de los ejidos de San Bernardino Tlaxcalancingo en el municipio de San Andrés Cholula, donde después de expropiarse se ubicó “Angelópolis”. Los nuevos fraccionamientos residenciales requerían de abundante mano de obra para hacer los trabajos más difíciles. Allí se dieron cita numerosos migrantes del campo a la ciudad, de esos que por millares cada año llegan a la ciudad de Puebla, provenientes de zonas rurales y campesinas empobrecidas, en busca de mejores oportunidades de vida, con nada a costas además de su fuerza de trabajo. Algunos de los trabajadores de la construcción que levantaron lujosas residencias y pavimentaron anchas avenidas y cuidaron sus jardines, se convirtieron en los primeros habitantes de Valle del Paraíso, cuando se enteraron que allí cerca, *del*

otro lado del río, vendían lotes baratos, con facilidades y, además cerca de lo que en ese momento era su lugar de trabajo.

En el caso de la fundación de Valle del Paraíso, el elemento central a observar es el cambio en el uso del suelo, que pasa de ser ejido, propiedad social campesina, a la regularización de lotes habitacionales de propiedad individual, a través de un mecanismo que intencionalmente oculta la participación de compañías inmobiliarias que aprovechan las contradicciones y lagunas legales para favorecer sus intereses. En otras palabras, se constata que los dueños originales son campesinos, sujetos que trabajan y viven el campo, y terminan cediendo su tierra de manera *paralegal* a los intermediarios, compañías inmobiliarias que fraccionan y se benefician de la especulación, gracias a que siguen las prácticas legitimadas en el medio, de contubernio entre el poder político y el poder económico (Soto Badillo, 2012), para posteriormente venderla a otros campesinos que han dejado sus lugares de origen y llegan a la gran ciudad en busca del sueño imaginado, de trabajo y mejores condiciones de vida.

Aquí conviene recordar lo que dice Borja, cuando afirma que “la historia de la ciudad es la de su espacio público. Las relaciones entre los habitantes y el poder y la ciudadanía, se materializan, se expresan en la conformación de las calles, las plazas, los parques, los lugares de encuentro ciudadano, en los monumentos”. (Borja & Muxí, 2000). Lo revelador, en este caso, es que precisamente la acción del gobierno, el poder en turno, es lo que permite que en Valle del Paraíso, además de las calles, prácticamente no existan espacios públicos, lo que limita las posibilidades de sus habitantes de encontrarse para organizarse, para celebrar, para formar parte del barrio.

En resumen, podemos decir que de frente a los espacios pudientes se ubican los habitantes de Valle del Paraíso. Saben en dónde están, y se definen frente al otro diferente, pues como dice Idolina²: cuando nosotros primero vinimos a ver los terrenos, fue en 1991. *Eran terrenos de siembra. Se sembraban calabazas, maíz. Había de todo, menos casas. Del otro lado está Lomas, pero no son casas como*

² Los nombres de los sujetos se han cambiado por otros, ficticios.

las nuestras. Esa es zona residencial. Ellos saben por qué vinieron y lo pueden expresar, como afirma Donaciano: nosotros nos venimos de nuestros pueblos porque no alcanzaba lo que ganábamos, no había qué comer. No nos gustaba porque estaba retirado, lejos del centro. No había tiendas ni centros comerciales, no había nada. No había ni calles, sólo una, y era de arenilla. Y aquí nos vinimos a vivir, de aquí somos, aquí vivo yo con mis hijos y creo que es un lugar bonito para vivir.

La vida cotidiana y las prácticas espaciales

Ahora la mirada se dirige al segundo elemento de la *trialéctica*, las prácticas espaciales, que se convierten en una suerte de verificación de las relaciones entre los sujetos que intervienen, desde diversas posiciones, en la definición y construcción social del espacio y del tiempo. Aquí intento documentar, desde los relatos de los sujetos, lo que realmente se vive y se observa en la vida cotidiana. Se trata de observar prácticas que se dan aparentemente de manera automática, pero donde el trabajo de investigación es necesario para documentarlas, compararlas, contrastarlas y de esa manera mostrar las relaciones entre los sujetos que intervienen en la definición y construcción social del espacio y del tiempo, en una lucha permanente entre el ejercicio del poder y las vidas cotidianas que son relatadas y recreadas por los sujetos.

Primeramente, los habitantes saben que viven en condiciones de precariedad, siempre ha sido así, y lo pueden evidenciar sin mayor problema. Como dice Güicho: *cuando nosotros llegamos no había nada; nosotros fuimos los primeros, y no nos quedó de otra más que organizarnos. Yo estaba recién casado y quería salirme de vivir con mi papá. Compré aquí el terrenito y como pude hice una casita, con tablas y con cartones, así nada más. Luego llegaron otros vecinos y empezamos a ir a la presidencia municipal a pedir que nos apoyaran, y poco a poco se fueron haciendo las calles, primero una, luego otra, aunque al principio no estaban ni siquiera parejas. Hasta ahora, sólo una está pavimentada. Pero fuimos nosotros los que tuvimos que ir arreglando cada detalle, que si la luz, que nos*

quedaba muy lejos, el poste más cercano estaba a más de un kilómetro, y luego las banquetas, pero todo era con la finalidad de estar a gusto aquí, porque ésta era nuestra casa.

Idolina recuerda, y sabe que las cosas cambian, pero muy poco a poco, a ritmo de las necesidades del gobierno en turno, porque cuando hay elecciones es cuando vienen a hacer promesas: *más adelante, cuando llovía se nos metía el agua de la calle a las casas, lo bueno es que ahora ya han estado trabajando en meter el drenaje en algunas de las calles y ya no se inundan. Lo que sigue sería pavimentar las calles, porque en tiempo de lluvias se hacen unos lodazales que no se puede ni caminar y a veces hay que ir a dar toda la vuelta para llegar a la casa. Pero vamos a esperar a ver cuándo van a cumplir, porque nosotros seguimos esperando. Ya sabemos que cuando va a haber votaciones es cuando se acuerdan de nosotros, no antes ni después. Es cuando vienen a pedirnos algo, nuestro voto, y es el momento en que nos ofrecen algo. El otro día vino un enviado del diputado de esta zona, y nosotros le pedimos que nos pavimentaran las calles. Él, como político, nos dijo que el diputado quiere apoyarnos, pero que por el momento no se va a pavimentar, que ahora sólo nos van a enviar lo que raspan de las avenidas, como de asfalto y grava, y que lo van a regar en las calles, para que no se haga tanto lodo. Que tenemos que esperar para más adelante. ¿Y qué otra nos queda?*

La inseguridad se experimenta en lo cotidiano, como sigue relatando Idolina: *durante el día no se siente tanto porque cuando uno va caminado ve por dónde va y sabe dónde está. Pero en las noches hay calles que se sienten muy inseguras, porque no hay lámparas y no vienen a repararlas. Con tanto vago, da miedo salir. Andrés, adulto joven que recientemente ha venido a vivir en el barrio, agrega: si uno quiere platicar con los jóvenes, hay que buscarlos en la noche, porque es cuando se juntan, hacen grupitos en las esquinas y allí toman y fuman y platican y es cuando uno puede conocerlos. Sí da un poco de miedo al principio, pero después te acostumbras porque sabes que ellos no te van a hacer nada malo si tú tampoco intentas hacerles nada a ellos. Esa es la realidad en esta colonia, tenemos que aprender a convivir así.*

Sofía también lo ha vivido, un poco desde lejos porque trabaja en la colonia aunque vive en otro lugar, pero aún así le provoca miedo y le hace sentir insegura, cuando relata: *la semana pasada, una tarde, venía una señora con sus niños pequeños, y al ir a dar vuelta en la esquina, junto al poste, le salió un ladrón y la quiso asaltar. Ella no supo qué hacer, sólo gritó, pues el otro traía cuchillo y la amenazó. Al oírla gritar, gracias a Dios salieron los vecinos, los de la tienda, los del taller, y entre todos la defendieron y agarraron al ladrón y lo amarraron con una cuerda y lo tuvieron así un rato, tirado en la banqueta. Algunos lo querían golpear, pero ya después llegó la policía y se lo llevaron. Seguro al día siguiente lo soltaron, si no es que ese mismo día, porque pasa muy seguido. Pero eso sí, a la pobre señora, el susto nadie se lo quita.*

En lo cotidiano se vive la escasez, porque como dice Susy, *el problema es el agua, que no hay, y otros tampoco tienen drenaje. El agua, si tienes conexión, llega una vez a la semana, del viernes para el sábado. Aquí la gente sufre mucho la escasez de agua. Hay algunos casas que ni siquiera están conectadas a la red de agua potable, y tienen que buscarle para comprar algo de agua para su casa, pero es cara y no siempre es fácil conseguirla. A veces el de las pipas no quiere surtirte, aunque la traiga, porque no eres su cliente. Sólo le lleva al que le pide cada semana o cada cierto tiempo; si no, no te vende. El señor que va por las calles con su burrito y su carreta tampoco les vende a todos, sólo a los que ya le conocen. Él saca el agua de su pozo y dice que no le alcanza para todos, sólo los que ya le compran. Antes había muchos pozos, cuando la gente llegó hace más de veinte años, dicen que muchos hicieron su pozo. Como eran albañiles, sabían construirlos. Pero luego unos se secaron y otros vino el gobierno a clausurarlos porque decían que no había permiso para tener pozos. A lo mejor lo que querían era una “mordida”, pero muchos taparon sus pozos. Quedan algunos, pero ya los tienen como escondidos y de todas formas tampoco alcanza para todos.*

Valle del Paraíso, al encontrarse en “el rincón” de la mancha urbana, está aislado y el transporte es una necesidad inmediata y permanente, cotidiana. Cuenta Melisa: *antes llegaban los Galgos del Sur, que eran unos autobuses muy viejos y maltratados que corrían por toda la Once Sur. La gente los tomaba porque eran*

los únicos que nos traían hasta acá. Por lo mismo de que ya estaban maltratados se animaban a entrar por las calles disperejas y llenas de baches y de lodo en tiempo de lluvias. Hace ya un par de años, o un poco más, que se puso el metrobús, que en realidad se llama RUTA³. Cuando lo pusieron, a algunos no les gustó y hasta protestaron, pero de nada les sirvió, porque ya era una decisión del gobierno y lo único que transporta por la Once es la RUTA. Nosotros ya nos habíamos acostumbrado a esos autobuses viejos. Una ventaja es que podía ir uno hasta la Central de Abastos y comprar su mandado y luego regresar hasta acá. No había que transbordar y nos dejaban subir bultos y bolsas grandes. Los choferes sólo nos cobraban algo más, pero ya venía una tranquila, con sus cosas que había comprado, sin problema. Cuando empezó la RUTA estuvo gratis como un mes, para que la gente se fuera acostumbrando. Eran vacaciones para los niños que van a la escuela y entonces no había tantas aglomeraciones. El problema es cuando ya empezaron las clases y entonces fue difícil por la gente que necesita transportarse. En las mañanas la gente va hacia el centro y en las tardes se mueve de allá para el sur, cuando salen de sus trabajos y regresan a sus casas a descansar y a dormir. De hecho, yo a veces me regreso un par de estaciones para tomar la RUTA desde el inicio y así sí gano lugar y puedo ir sentada, porque si va una de pie en las horas pico es muy cansado y muy difícil.

Otro ámbito de la vida en el que reina la precariedad es la salud. De ello da cuenta Rosa, cuando platicamos sobre la manera en que la gente actúa cuando se enferma: *en la zona no hay hospitales ni clínicas, sólo un par de consultorios privados que ponen algunas compañías junto a una farmacia, con la idea de que te receten una medicina que les compres a ellos mismos. Si no es algo grave y uno calcula que es fácil de tratar, pues va al consultorio y compra la medicina y se la toma. Pero si es algo más grave y uno quiere que lo atiendan porque tiene su Seguro Popular⁴, tiene que ir hasta el hospital, que queda lejos de aquí, y allí hacer fila y esperar hasta que lo atiendan. A veces va uno y le dan cualquier cosa*

³ Siglas que corresponden a la Red Única de Transporte Articulado, sistema de transporte público controlado por el gobierno del Estado.

⁴ Sistema público de salud del gobierno federal.

y le dicen que ya con eso se va a componer, pero pasa el tiempo y le sigue doliendo, y qué hace uno, más que aguantarse o juntar dinero para ir con el doctor particular. En casos como éste, la gente busca sus alternativas, como apunta Rita, que participa en el taller de herbolaria del centro comunitario: también está una señora que le gusta la medicina y se ha ido capacitando en cursos que les da el gobierno, pero ella no da consultas, sólo tiene algunas medicinas que surte gratis si uno le lleva su receta y ella tiene el medicamento. Es una ayuda, pero tampoco resuelve el problema. Por eso a mí me gusta esto de la herbolaria y la medicina alternativa. Yo creo que tenemos que aprender bien de ello y cuidarnos porque al no estar con salud se sufre mucho y a nadie le gusta sufrir.

Los espacios de representación, símbolo y resistencia

El tercer elemento de la trilogía de Lefebvre sobre la construcción del espacio social son los *espacios de representación*, que nos ayudan a entender los espacios como lugares simbólicos a partir de los cuales un grupo social construye su lugar ideal, un *deber ser* en consonancia con su cultura particular. La búsqueda investigativa remite en este momento a la reconstrucción de los relatos de vida de los sujetos, indagando especialmente en las ideas y las idealizaciones sobre el espacio de origen y su reconstrucción en un nuevo tiempo y en un nuevo espacio, el de la ciudad, y más específicamente, el de la colonia periurbana. Se trata de un lugar que no existe en la lógica del poder, y sin embargo existe en la realidad porque allí transcurre la vida de esos sujetos que luchan por encontrar un lugar propicio, arrancándose al poder en turno en forma de servicios y nomenclaturas, hasta ser incluidos en los catálogos y los planos oficiales. Acudo a mi observación del lugar, y los enlazo con los relatos para buscar y documentar las representaciones comunes, hasta cierto punto compartidas por orígenes y culturas semejantes, de carácter campesino, que implican una relación específica con la tierra, y que los sujetos traen consigo, las guardan y las recrean porque son sus referentes y marcan su vida y sus decisiones cotidianas. Asumo, además, que estas representaciones no están aisladas, sino que están constantemente en

pugna con otras, y en ese juego social se constituyen en elementos simbólicos que dan sustento a diversas prácticas culturales, paulatinamente aceptadas y legitimadas.

El día de la fiesta, desde temprano, la pequeña capilla luce especial. A pesar de que no se ha terminado de construir, los esfuerzos de la mesa directiva se hacen notar el día de hoy, día de la virgen de Juquila. Dice Angie, una de las encargadas: *a nosotros nos nombraron por tres años para encabezar los trabajos y el esfuerzo de la comunidad, que quiere tener su capilla, para venerar a la virgen, porque para nosotros es importante esa celebración.* La capilla está dedicada a la Virgen de Juquila, cuya imagen original se encuentra a varios cientos de kilómetros, en el estado de Oaxaca. Hacia allá se dirigen cada año numerosas peregrinaciones que van a visitarla. Dice doña Queta, también devota de la advocación: la gente se organiza con tiempo, y ahorra para ir a ver a la Virgen. Cuando llega el día, familias enteras se suben en su camioneta o toman su autobús, y hacia allá se van. No importa que se tengan que desvelar, pero allá tienen que estar, para hacerse presentes con la Virgen, para cumplir una promesa, o para seguir la tradición familiar. Son familias enteras las que se mueven de aquí para allá. En el camino se detendrán a desayunar o a comer, pues también el cuerpo hay que alimentarlo, y hay que tener fuerzas para llegar a visitar a nuestra madre. Es algo que los niños recordarán siempre, pues para ellos habrá un juguete o un dulce de recuerdo, para que no se olviden de esa visita.

La capilla de la colonia luce hoy más limpia que nunca. La cooperación de la gente ha permitido que el techo poco a poco se vaya completando. Dice doña Queta: *nos escogieron para juntar el dinero y terminar de construir la capilla, para tener un lugar bonito donde reunirnos. Andamos de aquí para allá, por toda la colonia, pidiendo cooperación a la gente. Hay quienes nos ven venir y no nos quieren dar, o nos cierran la puerta, y hay otros que nos dicen que ya nos dieron, y nos reclaman que qué hacemos con el dinero. También el grupo de señoras nos organizamos para hacer comida y venderla afuera de la capilla y a veces nos vamos a vender a otros lugares a donde nos invitan. Siempre es lo mismo: las ganancias son para nuestra capilla, todo se cuenta y así se va pagando poco a*

poco las deudas que todavía se tienen. Porque el ingeniero, el dueño de la empresa al que le compramos, es buena gente y nos da crédito con los materiales que se necesitan para seguir construyendo la capilla. Nos manda los materiales y nosotros le vamos pagando poquito a poco, según el dinero que la gente va dando, lo que ganamos con la venta de alimentos, lo que ganamos con las rifas, todo lo que la comunidad va juntando. Gracias a Dios ya es poco lo que nos falta. Y yo pienso que los sacrificios que hacemos valen la pena porque a fin de cuentas se logra lo que nosotros queremos: tener un lugar donde reunirnos a celebrar en comunidad. Esa es mi satisfacción, y la satisfacción de las señoras que forman parte de la mesa directiva, porque allí todas trabajamos, todas lo hacemos con el mismo fin.

Los tapetes de colores se elaboran el día del Señor de la Misericordia, a quien está dedicada la capilla católica de Valle del Paraíso. Es, según dice la gente, la fiesta más importante de la colonia. No hay otra fecha que congregue a igual número de personas. Quizá la escuela tiene un poder de convocatoria semejante, pero los maestros citan sólo un ratito, le dicen a la gente los avisos que tienen que darle, por ejemplo la cooperación que tienen que dar, o las fechas de los exámenes o de las fiestas de fin de cursos, y rápido la despachan de regreso a su casa.

Dice Donaciano, refiriéndose a las juntas en la escuela: *allí no nos podemos quedar, sino que rápido hay que regresar a la casa, a hacer lo que cada quien tiene que hacer. En cambio, el día de la fiesta del Señor de la Misericordia es un día de fiesta para toda la colonia. Aunque no todos somos católicos, casi todos participan. Unos son los padrinos y son gente importante. Por ejemplo este año, el padrino de la fiesta le dijo a la gente qué querían: una fiesta con música y baile, o un apoyo con algo más grande. La gente dijo que mejor diera un apoyo más grande, y entonces puso el barandal en el segundo piso de la capilla, para que los del coro puedan subir y estén seguros allá arriba.*

Se organiza todo un programa y se invita a toda la gente a participar. Desde días antes hay actividades que le van diciendo a la gente que ya se acerca la fiesta, y

que todos pueden participar. Este año se trajeron juegos mecánicos y se instaló una pequeña feria, como en los pueblos, para que se suban los niños y se diviertan y pasen un rato agradable. Como siempre, hay comida que prepara la misma gente de aquí: tacos dorados, tacos al pastor, tostadas, elotes, tamales y atole, muchas cosas que a todos les gusta probar. Dice Donaciano: *es como si uno estuviera en su pueblo, porque muchos de los que vivimos aquí venimos de nuestros pueblos, de diferentes estados y lugares, pero todos del pueblo*. También se organizó una cartelera de lucha libre, y el domingo en la tarde se instala el ring en una esquina y vienen los luchadores y dan su espectáculo para todos los que se acercan. Llegan hasta los jóvenes, que no participan mucho porque están en sus cosas, en lo que a ellos les interesa. Pero ese día sí están presentes y se divierten igual que todos.

No es casual que esos espacios de representación giren en torno a la fiesta, pues como señala Lindón (2004), siguiendo a Lefebvre, es durante la fiesta que el espacio y el tiempo se suspenden y se da la posibilidad de una reconfiguración diferente, alternativa. Se trata, probablemente, de espacios que permiten una relación diferente, a la que se refiere Idolina, cuando dice: *nos hemos ido conociendo, porque nos conocemos sólo de vista, pero no nos conocemos bien*. El proceso no es unidireccional ni está exento de contradicciones, como reflexiona Susy, cuando dice que *antes, te sentías mal y la vecina venía con el remedio, pero después ya no fue ni saludarnos, ni nada. Ahora estamos otra vez queriendo ayudarnos*.

Conclusiones

Las historias de vida transcurren en la vida cotidiana, en un espacio construido socialmente, no en abstracto. Los campesinos que han dejado sus comunidades lejanas ya no son rurales, pero tampoco son habitantes de la ciudad de pleno derecho, aunque quizá aspiran a serlo. Traen consigo su bagaje cultural, sus historias a partir de las cuales construyen sentido. Siguiendo esa lógica, la relación

con la tierra merece una especial atención, tanto en el sentido de propiedad como en la utilidad que ésta tiene.

La conjunción de una serie de elementos históricos, sociales y políticos, configuran una manera de relacionarse de la colonia periurbana con la ciudad central, de manera subordinada y callada, a la espera de mejores oportunidades. Esto se traduce en un caldo de cultivo para el manejo político de los partidos, que se acentúa y, por lo mismo, se vuelve evidente, en tiempos de elecciones. La gente sabe que tiene que esperar, que ellos no tienen derecho a todo lo que sí tienen derecho los ricos, los que habitan del otro lado del río, pero confían en que siguiendo las reglas del juego político (siguiendo la consigna del líder local, votando por el partido que les indican, manteniéndose sosegados y tranquilos), algún día lo alcanzarán. Un primer logro es la regularización de sus terrenos, lo que les da certeza jurídica y les permite en un momento dado venderlos y apropiarse de la plusvalía.

En las zonas periurbanas, alejadas del centro, los servicios son deficientes porque es lo que se espera en la relación subordinada de la colonia con el gobierno, actor omnisciente y omnipotente. De él depende el agua, las calles, las clínicas, la seguridad. En la medida en que los sujetos históricos compran estas convicciones, se mantiene una relación de subordinación y dependencia.

El espacio de las prácticas espaciales, a contrasentido de lo que aparece en un análisis superficial, siempre está presente. Lo ilustra de manera simbólica la apropiación de la calle para la instalación del cuadrilátero de lucha y de los tapetes con motivos religiosos en ocasión de la fiesta patronal de la iglesia católica. Allí todos quieren participar para sentirse parte, para dejar claro que pertenecen al lugar. Su origen está en otro lado, pero ahora ese espacio se ha ampliado, más allá del tiempo, y es su espacio. El hecho de que el poder central deje hacer o no los voltee a ver no importa, pues es su espacio y a partir de allí se construyen los significados y tiene sentido estar aquí, en la ciudad.

Según Lindón, Lefebvre considera los sentidos como parte de la vida cotidiana, en términos de pluralidad, como polisemia y polivalencia. Eso se traduce en que un

lugar específico tiene diversos sentidos, dependiendo de los puntos de vista que se asuman. Pienso en el boulevard Carmelitas, que significa progreso para unos, pero encarecimiento para otros.

Trabajos citados

- Capasso, V. (2017). Sobre la construcción social del espacio: contribuciones para los estudios sociales del arte. *Espacio, Tiempo y Forma*, 473-481. Obtenido de <http://revistas.uned.es/index.php/ETFVII>
- Lindón Villoría, A. (2004). Las huellas de Lefebvre sobre la vida cotidiana. *Veredas*, 5(8), 39-60.
- Cornejo, M., Mendoza, F., & Rojas, R. (2008). La investigación con Relatos de Vida: Pistas y Opciones del Diseño Metodológico. *PSYKHE*, 17(1), 29-39.
- Bertaux, D. (1989). Los relatos de vida en el análisis social. *Historia y fuente oral*, 87-96.
- Borja, J., & Muxí, Z. (2000). *El espacio público, ciudad y ciudadanía*. Barcelona: Electa.
- Marroni, M. (2016). ¿"Dar voz al Otro"? Los métodos biográficos y las narrativas de los migrantes: un debate ejemplar en ciencias sociales. *TLA-MELAUA, revista de Ciencias Sociales*(41), 202-221.
- Observatorio Metropolitano de Madrid . (2015). *El mercado contra la ciudad*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Soto Badillo, O. (2012). *La ciudad nómada. Poder y apropiación del espacio en el marco de los procesos de crecimiento urbano en la ciudad de Puebla. Tesis de Doctorado*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Torres, F. (2016). Henri Lefebvre y el espacio social: aportes para analizar procesos de institucionalización de movimientos sociales en América Latina - La organización Barrial Tupac Amaru (Jujuy-Argentina). *Sociologías*, 240-270.